

## Juan Pablo Duarte

Por PORFIRIO GARCIA LL. (\*)

Permitid, ¡oh Duarte!, que puesto de hinojos ante el sagrado tabernáculo de vuestro sepulcro, abierto el corazón al amor de la Patria que concebisteis, emplee la luz de mi razón, la voz de mi experiencia, el regocijo de mi ánimo, para discurrir al través del recuerdo en ese divino espacio circunscrito por la gloria y que la historia señala como la estela que dejasteis tras vuestra providencial peregrinación hacia la inmortalidad; y que ahondando en el abismo del tiempo consiga la pluma, ¡oh redentor humanizado de mi pueblo! hacer brillar a la faz de la presente edad la grandeza de vuestra vida, hecha sublime por la aspiración ideal de la libertad!

Quisqueya, oasis halagüeño que halló un día el genio marino del Descubridor del Nuevo Mundo, para deponer sus tristezas abstraído dulcemente en la contemplación de la rica naturaleza que atavía a esta encantadora región del Universo, la cual, después de haber sufrido una transfiguración completa al pasar por la pena sus primitivos habitantes de ser conquistados primero y exterminados más luego, se vió convertida en moneda de fácil cambio en el ludibrio de las ambiciones europeas; y víctima al fin de torcidas evoluciones sociales y biológicas vino a ser esclavizada por una ominosa legión descendiente del Africa. Cuando se habían cumplido todos esos hechos que dejó a su paso la ciega caravana de nues-

tra población colonial, nació en la ciudad de Santo Domingo de Guzmán el día 26 de Enero del año 1813, Juan Pablo Duarte, fruto legítimo del matrimonio de Don Juan Duarte con su esposa Doña Manuela Diez. Aunque la torpe dominación haitiana obscureció con la sombra de sus odios el ambiente que detentaba, ello no fué parte que impidiera a los amantes padres velar por la educación de este hijo, en quien descubrieron una decidida afición al estudio; y cuando llegó la oportunidad lo enviaron a Europa para que su cerebro no se asfixiara y pudiera robustecerse con provecho en aquel medio ilustrado.

Allí adquirió amplios conocimientos, abordando los profundos problemas de la filosofía, cultivando el abstracto campo de las matemáticas y haciendo discurrir su alma por el subjetivo jardín de las humanidades, como también adquiriendo las costumbres de un culto caballero.

Cuando ya en el año 1834 la nebulosa de su espíritu se había rasgado para dejar esplendor potente la propia luz de sus ideas, dirigió la vista a la tierra que lo vió nacer, como el águila caudal que vuelve a la montaña donde fabricó su nido después de haberse embriagado con el beso del sol en el espacio infinito; y entristecido se entregó a hondas meditaciones considerando la suerte de su país, esclavizado y degradado por un poderío inicuo...

¡Oh, qué sentiría aquel joven al impulso de su noble indignación, que así se resolvió a luchar hasta morir por despedazar las cadenas del esclavo, aspirando a dignificar a sus conterráneos!

Debió experimentar un estremecimiento ético que lo elevara a la divina atmósfera donde el hombre se convierte en alma, para recibir la unción del genio y con el genio la obsesión de lo ideal. En ese renacimiento adquirió alas que le permitieron cruzar en vuelo rápido la distancia del porvenir y ascender

(\*).— Hijo de don José Gabriel García y de su segunda esposa doña Juana Lluberés, nació en esta ciudad el 25 de setiembre de 1883.

Escritor agradable y sincero, sabe expresar con claridad sus pensamientos, siempre nobles y generosos, reveladores de un selecto espíritu profundamente filosófico.

Aparte de su interesante folleto acerca del general *Luis Tejera*. Tip. J. R. Viuda García. S. D. 1913, su producción se encuentra dispersa en las páginas de *La Cuna de América*, *Lampos*, *Blanco y Negro*, *Bahoruco*, así como en el *Listín Diario* y otras publicaciones nacionales.

Como todos los hijos del más benemérito de nuestros historiadores: el Historiador Nacional por antonomasia, es un estimable cultor de las letras.

Hoy honramos las páginas de *Clío* con su justiciera y sugestiva semblanza del Padre de la Patria.— (V. A. D.)



a la gloriosa cima que como atalaya del espíritu deja vislumbrar en el revuelto palenque de la vida universal el derrotero de los grandes destinos humanos; y allí soñó el apóstol Duarte la epopeya de la Separación Dominicana!

Fiel a su noble propósito al llegar a la Patria, de regreso de Europa en el mismo año 1834, procuró captarse la simpatía de la juventud estudiosa e inspirar confianza a la masa común del pueblo, lo que empezó brindando espontáneamente el caudal de sus conocimientos a todos, que ansiosos acudieron a apurar en esa fuente intelectual las reparadoras enseñanzas del Maestro, quien atento siempre a los dictados de su conciencia de patriota veía en ello la más edificante de las propagandas a favor de la causa liberadora que perseguía.

¡Cómo se acrecentaría en esa labor la firmeza de su resolución, al poder palpar de cerca la humillación, los dolores, los sentimientos, las aspiraciones de la Patria en cada uno de sus hijos, hermanos suyos!

¡Oh, qué sublime conjunción de virtudes en una sola alma; por amor y por deber, todo por la Patria y para la Patria, ser apóstol de la libertad y educador de inteligencias!

A poco se convenció delirante de regocijo de que entre los escombros de la ruina de su pueblo y a despecho del tiempo empleado por las pretensiones de Haití en desnaturalizarlo, bullía sangre generosa en pechos capaces de soportar la pesada armadura del héroe; cerebros dispuestos a crear legionarios del derecho; y dignidad suficiente para la protesta reivindicadora. Así fué cómo el 16 de Julio de 1838 aprovechó la confianza que le inspiró un núcleo de sus amigos más íntimos para comunicar su elevado pensamiento al constituir con ellos La Trinitaria, célebre sociedad que escribiendo en su bandera el sagrado lema de Dios, Patria y Libertad debería propagar las doctrinas del Maestro y propender al logro de su justa aspiración.

La austeridad de la conciencia de aquel predestinado de la historia presenta los caracteres firmes del bronce en la concepción del juramento que firmaron con la sangre de sus venas los "trinitarios". He aquí ese precioso documento, plegaria de amor cívico:

"En el nombre de la santísima, augustísima e indivisible Trinidad de Dios Omnipoten-

te, juro y prometo, por mi honor y mi conciencia, en manos de nuestro presidente Juan Pablo Duarte, cooperar con mi persona, vida y bienes a la Separación definitiva del gobierno haitiano, y a implantar una República libre, soberana e independiente de toda dominación extranjera, que se denominará República Dominicana, la cual tendrá su pabellón tricolor, en cuartos encarnados y azules, atravesado por una cruz blanca. Mientras tanto, seremos reconocidos los Trinitarios con las palabras sacramentales: *Dios, Patria y Libertad*. Así lo prometo ante Dios y el mundo: si lo hago, Dios me proteja, y de no, me lo tome en cuenta, y mis consocios me castiguen el perjurio y la traición, si los vendo".

Toda tendencia al perfeccionamiento de la humanidad encontraba en el pecho de Duarte amorosa acogida. Por eso al concebir la bandera nacional la persignó con la señal de una cruz blanca, queriendo expresar sus simpatías por la paz entre todas las naciones civilizadas y la fusión de todas las razas...

Hay símbolos que fielmente trazan la trascendencia moral de la causa que objetivan y que sintetizan la grandeza del espíritu del cual brotan a manera de condensaciones de anhelos. Nuestro cruzado pabellón fué creado así. El corazón de Duarte, altruista y humanísimo, palpita amorosamente entre los pliegues de esa insignia del honor dominicano.

¡Yo lo veo, oh sí, nuestra bandera es el corazón de Duarte que vive y vivirá mientras perdure la República! ¡Piedad, compatriotas, no torturemos ese jirón de gloria con nuestra culpable indiferencia!

La simiente de la idea separatista cayó en terreno propicio, germinando rápidamente; y debido a la abnegación de los paladines que la propagaron estuvieron preparados casi todos los pueblos para la revolución al finalizar el año 1842.

En tanto Haití rugía contra el gobierno de Boyer, y se aprestaba a la lucha para derrocarlo el partido liberal o reformista.

Entonces la cordura o previsión de Duarte hallaron favorable ocasión para encauzar la corriente separatista en el potente mar que sería agitado por la insurrección haitiana, persiguiendo así el aprovechamiento de ese contingente indirecto que le proporcionaría un éxito seguro al dividirse las fuerzas



del relativamente poderoso enemigo que intentaban vencer. De aquí que fuera enviado el intrépido Ramón Mella a celebrar en Los Cayos el pacto de alianza con los *reformistas* que impuso a los dominicanos el deber de secundar el movimiento emprendido por Charles Herard en Praslín, el cual tuvo eficacia bastante para obligar a Boyer a deponer el mando el 13 de Marzo de 1843. Esa atrevida fusión hizo ingresar a los separatistas en la vida política autorizados para disputar al elemento haitiano en terreno legal el derecho de intervenir en la dirección de los asuntos públicos del lado acá del Dajabón y del Pedernales, siendo parte de la Junta Popular que se constituyó en Santo Domingo inmediatamente después de haber capitulado en esta plaza el General Carrié el 26 de Marzo del mismo año. En las sesiones de esa junta, compuesta por haitianos y dominicanos, liga híbrida que hábiles combinaciones impusieron a las circunstancias del momento, la voz de Duarte y la de sus compañeros de gloria vibraron enardecidas de patriotismo abogando por las legítimas aspiraciones populares y rechazando con entereza todo cuanto se encaminara a eternizar la dominación. Como era natural la lucha se encendió en las relaciones de tan contrarios elementos; y en consecuencia el nuevo gobierno de Haití se alarmó ante la inminencia de sufrir un fracaso en sus tendencias absolutistas, pues la opinión pública en el territorio dominicano se mostraba a favor de sus representantes, quienes no se daban tregua en ultimar la ejecución de sus planes separatistas.

En vista de que el general Charles Herard reaccionaría, lo que pudo notar el mismo intrépido Ramón Mella cuando fué a reclamarle el cumplimiento de sus compromisos como revolucionario, Duarte invitó a todos los correligionarios residentes en la Capital para una reunión en la *Casa de los dos cañones*, y para otra donde habitaba su tío, Don José Díez, con el propósito de comunicarles el estado verdadero de la situación, un tanto precaria, y exhortarlos a que produciendo fuerza con la alborozada unión de todos a él, conquistar decididos el derecho usurpado a los quisqueyanos tiempo hacía y proclamar sin embozo y para siempre la Separación Dominicana; pero ¡oh contratiempo imprevisto!, halló en torno suyo, confundidos con la juventud dispuesta a ennoblecerse, al pusilánime y al egoísta, que no faltaron nunca en presencia de las progresivas evoluciones de los predestinados del patriotismo en la sociedad. Desvirtuadas esas reuniones que debieron ser actos solemnes de la comunión del alma nacional ante el augusto altar de la Patria, los mercaderes profanaron el templo de la República desoyendo

al sacerdote de la Libertad, para ir a ofrendar la traición al palacio del Dictador, que sin pérdida de tiempo, personificado en el general Charles Herard, cruzó la frontera del Norte a la cabeza de numerosa tropa con la intención de asfixiar en el vaho hediondo del egoísmo de su estirpe al delicado feto de una nacionalidad que palpitaba ya en el corazón de tantos ilustres paladines.

Con tiempo apenas para transmitirle los últimos bríos al partido separatista, necesario fué que Duarte se embarcara para el extranjero antes de permitir el inútil sacrificio de su vida ejemplarizadora bajo la planta estúpida del haitiano que lo perseguía con tenacidad al ver en su persona la encarnación del derecho ofendido; pero por fortuna no se ausentaron totalmente con él la dignidad y el orgullo que revivieron en la conciencia de su pueblo al despertarlo del letargo en que yacía con el certero empuje de su gran corazón. Ese atleta moral, enamorado de la libertad, dejó tras sí una legión de almas que espiritualmente le permitirían seguir su portentosa revolución, ya que estaban fascinadas por la influencia que en ellas ejerció. Así le plugo al cielo permitirle en desagravio de las sórdidas vergüenzas de la esclavitud.

A Ramón Mella, Vicente Celestino Duarte, Francisco del Rosario Sánchez, Tomás Bobadilla, Remigio del Castillo, José Joaquín Puello, Manuel Jimenes y José María Caminero, les estaba reservado el renombre del Baluarte y del mes de Febrero de 1844; pero antes de tan faustas circunstancias brindaron al Apóstol, residente en Caracas, capital de Venezuela, un plácido consuelo en el ostracismo, y la oportunidad magnífica para continuar en relación con el centro revolucionario, teniendo como intermediario a su hermano Vicente Celestino.

Si hermosa es la actitud de Duarte en lo que respecta al ideal, abnegado fué su proceder al tratar de conseguir los medios materiales que nueve años de trabajos por la Independencia requirieron: los bienes de fortuna que poseía estuvo resuelto a ofrecerlos en su totalidad para el triunfo de su digna causa, y como la necesidad del triunfo exigía más aún, indujo el héroe a su familia al sacrificio del bienestar económico de que disfrutaba. Rasgos son estos que apartan a un humano del tráfago de las mundanas ambiciones de que es susceptible su especie y que reclaman la admiración del agradecimiento como consagración de su esencia divina.

Después de algunos meses pasó Duarte de Ca-



racas a Curazao obedeciendo a combinaciones revolucionarias bien maduras. Cuando estaba en espera de la nave que debería trasladarlo a los deseados campos de batalla, ¡oh indescriptible sorpresa!, se le presenta a la vista luciendo en el palo mayor la bandera de la cruz, que acariciada por las marinas auras y por la lumbre del sol embellecida, saludaba a su visionario artífice, majestuosa y altiva como si tuviera alma; y fué que la realidad había respondido a las insinuaciones del Apóstol: la existencia de la República Dominicana sorprendió al mundo con el estruendo del redentor grito dado en el épico Baluarte del Conde la noche del 27 de Febrero del año 1844!

Vivamente regocijado recibió a la comisión de ardientes discípulos suyos, que en nombre de todos los ejecutores de su vital idea, iba con el honroso encargo de trasladarlo a la Patria reivindicada; y que le llevó la explicación de los motivos que obligaron a precipitar los acontecimientos. Sin paramientos en ello y sólo dispuesto a volar hacia los lares dominicanos, henchido el pecho de halagadoras esperanzas, se embarcó considerándose triunfador; porque jamás le preocupó el enervador exclusivismo que predomina por lo común en el ánimo de los directores de toda humana empresa.

Realidad hermosa su ensueño republicano, bajo la comba azul del cielo patrio fué victoreado por la democracia en nupcias evangélicas con la libertad; y la junta Central Gubernativa, reconociendo los méritos del Apóstol, lo acogió en su seno confiriéndole el grado de General de Brigada.

¿La cordura y agradecimiento del pueblo redimido permitirían al sublime espíritu de Duarte conducir el naciente Estado hacia un venturoso porvenir?

¡Oh, quién hubiera imaginado siquiera, que de la descomposición de los mismos elementos que empleó en la formación de la República, surgiría la estulticia convertida en anarquía; que la fuerza bruta del soldado sería puesta al servicio de las interesadas maquinaciones del egoísmo, siempre en acecho a la puerta por donde entra el triunfo del ideal; y que desconsiderado y perseguido iría a parar al frío extremo en donde se detienen las decepciones del alma, empujadas y revueltas en el lastimoso torrente que forma en el cauce de la sociedad la ingente lucha del bien y el mal, la virtud y el vicio, la claridad y las tinieblas! . . .

Después que los verdaderos patriotas no pudieron oponer salvador dique a las desenfundadas ambiciones de mando que los contrarios a la creación de un Estado absolutamente libre, despertaron en el inconsciente Santana, con aviesas miras ulteriores, hasta el punto de hacerlo proclamarse Jefe Supremo de la República y desconocer a la autoridad constituida, Duarte sufrió la tortura inenarrable que siente el padre al contemplar al vástago de sus entrañas resbalar en la pendiente del error que la inexperiencia labra y que el cariño paternal concluye por no atreverse a corregir con la energía que se necesitaba.

En contraria actitud a la de Santana, demostró el más absoluto desdén por el poder, a pesar de haber sido investido con sus prerrogativas en distintas ocasiones por la Junta Central Gubernativa, para que contrarrestara los repetidos desmanes que cometía en los pueblos del Sur ese valiente soldado que la indisciplina envileció. Pero temeroso de que cualquiera insinuación que le hiciera al orden establecido podría ocasionar las sangrientas reacciones de la ignorancia armada, Duarte prefirió renunciar a las atribuciones que el más bien adquirido derecho le confirió y esperar la decisión que el pueblo diera a tan retrógado cuanto criminal estado de cosas, esto es, a la indigna actitud del ejército vencedor, en el alba de la Patria independiente, odioso origen de las discordias civiles.

En vano el general Ramón Mella, Comandante en Jefe del Departamento del Cibao, intentó contrarrestar asimismo ese desorden que indicaba ser la consecuencia de planes liberticidas, con la proclamación de Duarte para Presidente provisional de la República, quien se encontraba en Santiago de los Caballeros rodeado de las más ostensibles demostraciones de simpatía, y que consintió en ello como medio condicional para armonizar la opinión pública encaminándole a garantizar la estabilidad del nuevo Estado alejando el peligro que constituía el partido contrario.

Entonces Santana había conseguido que se efectuara una evolución en el Cibao tendente al reconocimiento de su Gobierno; y no tardó en consumar el horrendo crimen de ultrajar al Caudillo de la Separación y a sus compañeros inmortales. . .

¡Oh, ingratitud acerba la de los hombres, como



enlutece la gloria que alcanzan sus más ilustres servidores!

Trasladado desde Puerto Plata en la goleta de guerra *Separación Dominicana*, jironía del destino! fué traído Duarte a la Capital, bajo la custodia de soldados *santanistas*, a fin de ser encarcelado en la torre del Homenaje; y para que fuera más desconsoladora su prisión injustificable, presencié desde allí "la farsa ridícula en que esbirros asalariados hicieron aparecer al pueblo pidiendo la cabeza del iniciador de su independencia!"

La indignación hace cauterizadora a la pluma en esta disección de iniquidades que en la enferma historia de mi Patria estoy efectuando; pero es preciso que le rinda este tributo de admiración al mártir glorioso que nos legó la dignidad del libre ciudadano.

Debido a providencial intervención el cráter del patíbulo no se bebió la sangre del atormentado patriota; pero escarnecido por una sentencia insólita el 22 de Agosto, fué luego a sentir el rigor de un cruel invierno en Hamburgo en calidad de desterrado. De regreso de Europa se retiró a la vida privada en Venezuela, sin permitir que su nombre sirviera de lábaro a ningún partido político y se dedicó a las especulaciones del comercio. Se aisló de tal manera que apenas se tuvo noticias de su vida en el transcurso de veinte años.

Cuando se enteró Duarte, a principios del año 1862, de que había sido mancillada su Patria con la anexión a España y que otra vez esclava lucharía decidida y heroica por reconquistar su independencia, presto abandonó el retraimiento que se impuso,

dispuesto a confirmar el amor que profesaba a la nacionalidad que concibió en los ensueños de su ilustre juventud.

El Cibao volvió a recibir en su regazo al Caudillo de la Independencia, agotado por los padecimientos que le devoraron las fuerzas del cuerpo; pero con el alma engrandecida por el patriotismo que daba a su nombre esclarecido un valor político inapreciable; y fué lo único que pudo ofrecer a la causa de la Restauración, rejuvenecido por los destellos del Sol de Capotillo.

Empleado para servir una misión diplomática del gobierno que vino a regir los destinos de la República restaurada, cerca del gobierno de Venezuela, se vió obligado a volver al extranjero; pero este fué el último adiós con que saludó a las playas natales y que como los anteriores expresó la queja de la decepción y enjugó lágrimas de martirio, puesto que dejaba pronta a desatarse la fatídica tempestad de las guerras intestinas.

Rodeado de su infeliz familia, empobrecida y enferma, murió en Caracas el General Juan Pablo Duarte, y fué enterrado el día 16 de Julio del año 1876!...

¡Callad! El silencio es la oración más elocuente que debe dedicar el alma noble cabe la sepultura de quien en vida tan sólo conoció a la ingratitud!

¡Fué un Redentor!... (1).

(1).— Este trabajo literario (revisado y corregido en el año 1954). fué escrito sin pretensiones de biógrafo, conforme a la IX base del programa de los Juegos Florales del 11 de Abril del 1909, que exigía solamente un "boceto" biográfico del fundador de la República; y se publicó en la revista BLANCO Y NEGRO, núm. 35, año I, S. D., mayo 16 de 1909.

